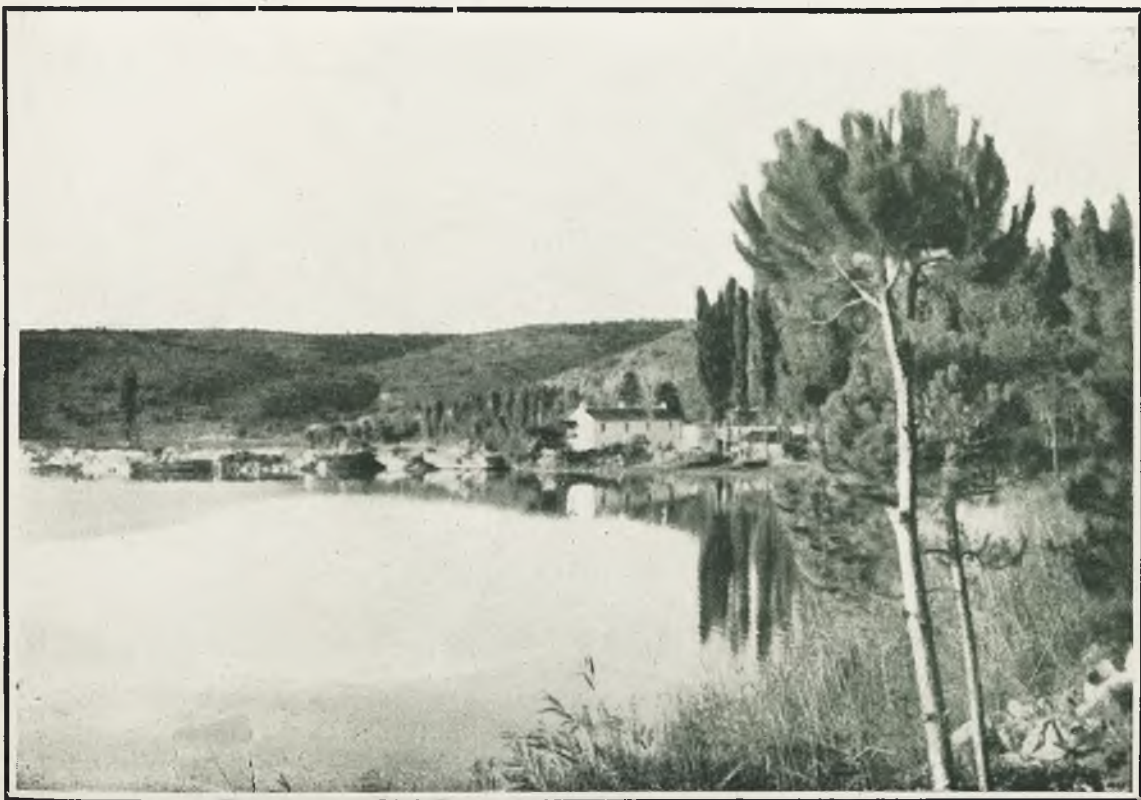


Albores

DE ESPIRITU



UN RINCON de las lagunas de Ruidera. (Foto A. Merlo Delgado.)

TOMELLOSO, marzo de 1947

Sumario

UNIDAD ARTISTICA EN LA PINTURA DE LOPEZ TORRES, POR LUIS ORAÁ, Pág. 3.—EVA CERVANTES, POR JUAN ALCAIDE SÁNCHEZ, Pág. 6.—ANTE MIS RETRATOS... (*Tema a lo sor Juana Inés de la Cruz*); *poesía*, POR EVA CERVANTES, Pág. 7.—*Carlistas manchegos*: DON MANUEL MARIA GONZALEZ, DE EL TOBOSO, POR JOSÉ SANZ Y DÍAZ, página 9.—EL SIMBOLO DE SANCHO, POR EMILIO RUIZ PARRA, Pág. 11.—ALGUNAS EFEMERIDES DEL 1547, *Divulgación histórica*, POR FRANCISCO PÉREZ FERNÁNDEZ, Pág. 13.— LAMENTACION DE LA INFANCIA PERDIDA, *poesía*, POR JUAN PÉREZ-CREUS, pág. 20.— CALDERERO DE LA MANCHA, *poesía*, POR FRAY BERNARDO MARTÍNEZ GRANDE, página, 21.— GALERIA DE PUBLICACIONES, Pág. 23.

Año II

Marzo de 1947

Núm. 5



DE ESPIRITU

Revista mensual de exaltación manchega

Fundada por Bodegas Santa Rita, González Lomas, S. L.
— DIRECTOR: Francisco Adrados Fernández —

AÑO II

TOMELLOSO, marzo de 1947

NUM. 5

DESPUES DE LA
EXPOSICION DE
CIUDAD REAL

Unidad artística

en la pintura de López Torres

H

A expuesto López Torres por vez primera en la capital de la Mancha. Hacia 1935 exhibió unos pocos cuadros en Ciudad Real, pero es ahora cuando ha hecho una Exposición formal de sus obras.

Desde entonces han trascurrido once años; los suficientes para que la madurez del artista se nos ofrezca en toda su plenitud.

En esta Exposición ha tenido López Torres el acierto de presentarnos tres momentos primordiales de su formación artística.

1929. Termina sus estudios en la Escuela de Bellas Artes. Representan esta etapa vocacional sus cuadros titulados «Naturaleza muerta» y «Cabeza de Estudio». La primera contiene todos los valores canónicos de forma, color y ambiente; y se adivina el genio del artista, por el modo como intenta resolver las distintas tonalidades del color.

Se inicia el camino de la mejor manera pictórica, que

no desdeña ninguna de las formas clásicas, pero que al propio tiempo busca su equivalencia expresiva en la sencilla emoción de las cosas, en una perfecta ordenación sensitiva.

1935. Unos años más y López Torres se recluye en su pueblo natal para no moverse. Algunas escapadas fuera, que le vale una de ellas el galardón de la Fundación Conde de Cartagena por su cuadro «Olivos milenarios», pero le atrae poderosamente el paisaje terroso y caliente de la llanura manchega, que también va a perderse en el horizonte infinito, como el mar. La inspiración queda prendida para siempre en el alma joven del artista, a impulsos de un romanticismo espiritual, que le invade y consume por entero. La verdadera formación de López Torres está ahí, en Tomelloso: frente a la llanura; esa idéntica llanura que sirvió a Don Quijote para enseñorear su espíritu pleno de inquietudes.

En sus cuadros «Los borricos» y «Muchachos jugando» está reflejada esta misión manchega de la planicie «fronteriza de lunas», como dijo el poeta, pero que en la pintura de López Torres es luminosidad solar, que reverbera y matiza el color pardo, amarillento y verdoso de la tierra madre.

Se desvía el artista de las modernas escuelas que tienden, como el impresionismo, al aniquilamiento de la forma, o como el expresionismo, a la preponderancia del color. La concepción plástica de López Torres gana en riqueza interpretativa. No rehuye la forma, ni el color, pero equilibra y armoniza perfectamente estos elementos básicos, con la luminosidad radiante de su pintura: la acaricia por decirlo así, en una suave expresión representativa.

1947. Ya está maduro el fruto. Retrospectivamente el paisaje que copia López Torres es un mismo paisaje interior; sencillo, luminoso, austero. Sin complicaciones ni repliegues; tal como él es: con realidad, es decir, con verdad.

Sus maestros quedan atrás. Únicamente el pintor manchego Angel Andrade deja traslucir un leve recuerdo; pero no, en nada semejante la pintura de ambos artistas.

López Torres posee un estilo propio inconfundible; acusa su obra una personalidad definida, un modo de realizar, que sabe compaginar las ideas plásticas con el amor a la síntesis, a la sobriedad y sencillez temática.

Es sorprendente el prodigio de luminosidad de sus lienzos, que da relieve a las figuras y volumen a las cosas. El aire y el sol de la Mancha están ahí agitando y caldeando los paisajes que pinta López Torres, pero de un modo tan veraz—íbamos a decir tan honrado—que el artista suprime por obra de su ingenio toda clase de «trucos» para ofrecernos las figuras en un ambiente de luz, sin el resalte de la oscuridad del fondo.

Así en su óleo «Jugando a las bolas», modelo acabado

de difícil sencillez, por la forma y modo de reducir a leve murmullo el lenguaje plástico.

Pero, a nuestro entender, donde mejor se expresa la síntesis artística del autor, tal y como le comprendemos y admiramos, es en el cuadro titulado «Cogiendo paja», propiedad del Ayuntamiento de Tomelloso. Todo él es un pacto de luz sobre la belleza del campo; ese sol agosteano que cae a chorros sobre la campiña manchega; la magnífica lejanía, en la que tierra y cielo se confunden en un mismo trazo azul: esa acertada composición de los dos chiquillos, separados y juntos a la vez, del montón de paja... (No sabemos expresar de otra manera la sensación de realidad que nos ofrecen las dos figuras).

También constituye plenitud de acierto el cuadro «Campesino manchego», que ha pintado para el Ministerio de Trabajo. Es un alarde de composición que preside la más pura y emocionada dicción plástica, sobre el fondo logrado de la campiña, en cuyo confin, como si fuera la silueta de un barco, aparece la proyección del clásico «bombo» tomellosero.

Cada motivo—el pastor, el pozo, la encina—se convierte en un cuadro, debido a esa predilección por la luz, a esa complacencia por la sencillez, por la emoción más pura; y cada cuadro merece una glosa. ¡Ah! ¡Ese silencio impresionable de la siesta en la era, que nos hace sentir el sopor de la canícula! ¡Ese frescor del pozo en la tarde caliginosa! ¡Ese...!

Después de estas etapas de su vida artística, va a abrir López Torres otra nueva, que será la definitiva. En octubre próximo expone en Madrid sus obras, y entonces se ofrecerá a la contemplación de cuantos no le conocen el milagro de la «unidad» de esas tres épocas artísticas.

Luis Oraá.

ACLARACION

En el trabajo «ECHEVARRIA, GALARDONADO» que insertábamos en la página 14 de nuestro número anterior, se decía en la línea 7, erróneamente, «ya que ha sido este el último premio»... debiendo decir, en su lugar, «ya que ha sido este el único premio»... Hacemos gustosos esta aclaración para evitar las torcidas interpretaciones a que haya podido dar lugar la involuntaria errata.



Eva Cervantes

CON verdadero alborozo volcamos hoy sobre nuestra Revista la ofrenda prodigiosa de uno de los más altos valores de habla hispana: Eva Cervantes.

No es ya sólo su efigie... fotográfica la que nos exige un férvido tributo de admiración y simpatía, no; es, más aún, el retrato «de veras», perfil intensamente lírico, hecho a trazos graciosos de unas liras perfectas; éste es el que nos dobla la rodilla y ensancha nuestros ojos, boquiabiertos.

«Le envió mi retrato —nos dice— dedicado a la Mancha, como quiere usted y también es mi gusto, ya que como digo en la dedicatoria, fué esa tierra inmortal cuna de mis primeros versos. ¡Y con qué orgullo es Cervantes mi escudo y nombre de poeta!...» (Sevilla, 6 - I - 1947.)

Lector: Sea también orgullo de la Mancha el recibir —y publicar, honrándonos— hoy esas liras, liras que acaso la misma sor Juana Inés de la Cruz no hubiera podido conseguir.

Juan Alcaide Sánchez.

Ante mis retratos

Tema a lo Sor Juana Inés de la Cruz.

*Si mi pluma pudiera
transformarse en pincel y la hoja en lienzo,
¡con qué mano sincera
daría yo comienzo
al retrato de luz donde me venzo...!*

*...Quedaron cien dibujos
ofrecidos ayer, hoy y mañana...
Apasionados lujos
en cuya línea vana
suspira una lisonja cortesana...*

*Combados y amarillos
en los marcos están como quimeras...
¡Demolidos castillos
que pierden sus cimbras
mientras se alzan en alto mis banderas...!*

*¡Porque yo no soy esa;
acaso lo fui un día, mas no ahora...
Eso es noche que pesa
y yo vivo en aurora...
Yo tengo mi retrato cada hora...!*

*Ningún lápiz me fija;
ningún pincel me envuelve en su opulencia;
mi línea es la clavija
donde se ata una ciencia
¡plena de soledad y de conciencia...!*

*Pintores los pintores;
los que pintáis el aire, el agua, el seto;
los que a todas las flores
robáis el perfil quieto...
¿Váis a dejarme a mí con mi secreto?...*

*El óleo; la acuarela;
el cristal prodigioso de la lente;
el hálito que vuela;
el color que se siente;
la postura callada e indolente...*

¡No ; no ; no es mi retrato !
¡Eso será la vana cobertura... !
¡Tremendo esfuerzo ingrato
de un arte que se apura
por inmortalizar la criatura... !

Yo soy otro compuesto;
otra verdad que suma más verdades...
¿Qué hicistéis con el resto,
palidez, ansiedades
y éstas mis interiores soledades... ?

¿Qué hicistéis con la pena
que me manan los ojos apenados... ?
¿Qué, del ritmo que suena
bajo de estos sembrados
azules, por las venas dibujados... ?

¿Qué del ritmo deshecho,
en cuya furia el corazón galopa... ?
¿Qué del rosal del pecho
en cuya limpia copa
un pájaro invisible se me arropa... ?

El retrato es todo eso;
no sólo la pintura de por fuera;
no el rescoldo del beso
ni el azul de la ojera...
¡Hay que plasmar en él, la vida entera... !

No es dibujar el muro
del jardín : es decirnos sus veredas...
Es llegar al seguro
debajo de las sedas...
Si no llegas allí ¿dónde te quedas... ?

¡Quiero un retrato exacto
que a los ojos de todos me revele... !
¡Que se vea en el acto
el ansia que me duele... !
¡Un paño de verónica que vuele... !

¡Que no se necesite
escrito pie que a conocerme lleva,
sino que al mundo grite
viéndome eterna y nueva...
«¡Este es el cuerpo y es el alma de Eva !»

Eva Cervantes.

Don

Manuel María González

de El Toboso

(Comandante de Voluntarios Reales.)

PRODIGA ha sido siempre la Mancha en hombres de corazón y de talento, en la que se dan al mismo tiempo el tipo hidalgo y soñador junto al individuo materializado y egoísta, pues por algo escogió este escenario Cervantes para que sobre él deambularan los dos personajes centrales de su inmortal novela.

Al grupo de los «quijotes» perteneció don Manuel María González, que nació en El Toboso por el año 1789, hijo de una honrada familia de labradores ricos, siendo el primer héroe que desplegó en España la bandera carlista sobre los campos manchegos.

Sabemos que fué alcalde de la cuna de *Dulcinea*, en 1820; que era de porte noble, gallardo y varonil, completando su arrogante figura un carácter alegre y valeroso, partidario, como Alonso Quijano *el Bueno*, de todas las causas santas y generosas. Su bondad y su genio sociable le granjearon las simpatías de grandes y chicos, de ricos y pobres, relacionándose pronto con las familias más distinguidas de la comarca, entre las que halló amigos de verdad y esposa bien amada por él.

Hizo algunos estudios superiores y, por medio de su hermano ma-

Don Manuel María González.



yor D. Rufino, que era a la sazón Superintendente General de Policía, fué nombrado en 1823 Administrador Principal de Correos en Talavera de la Reina. A raíz de la Guerra de la Independencia, fué nombrado Comandante del XV Batallón de Voluntarios Realistas manchegos y se le confirmó en su nuevo destino de Comandante de Armas del partido judicial de Talavera.

Su hermano, don Rufino González, que en 1831 era nada menos que Vocal del Supremo Consejo Real de Hacienda, fué desterrado a Cádiz al año siguiente por considerársele afecto al entonces Infante de España don Carlos María Isidro de Borbón, y detuvieron a don Manuel en Talavera, poniéndole en libertad después de cierto tiempo.

Ya no pensó el Comandante González más que en echarse al monte en pro de la Legitimidad, atento a la guerra carlista que se avecinaba.

Al emigrar a Portugal don Carlos para reclamar en su día la Corona que por derecho propio le pertenecía, fué depuesto el ilustre manchego de sus cargos de Comandante de Voluntarios y Administrador de Correos, conduciéndosele preso a Madrid.

Pero al día siguiente de morir Fernando VII, se escapó de la cárcel y se presentó en Talavera, reuniendo al anochecer del 3 de octubre de 1833 dos Compañías de Voluntarios, mandadas por sus hijos don Francisco y don Manuel, que eran oficiales, prendió al General Rojas, destituyó a las Autoridades locales, sustituyéndolas con titulares de probada fe carlista y, en la Plaza Mayor de Talavera, ante la tropa formada, proclamó a S. M. don Carlos de Borbón como legítimo y único Rey de España.

Después se puso al frente de todos los voluntarios reclutados como Jefe Militar y se lanzó a campaña. Eran pocos, y algunos—los inevitables Sanchos—, al ver el mal cariz que tomaban los acontecimientos, desertaron. Quiso el Comandante González establecer contacto con otras fuerzas carlistas de Extremadura; pero fueron copados a traición por un Escuadrón liberal en Villanueva de la Serena, junto con otros oficiales carlistas que se les habían unido.

Juzgados en Consejo Sumarísimo de Guerra, don Manuel María González les recabó para sí inútilmente la responsabilidad de todo, siendo fusilados con él, en Talavera, sus hijos Manuel y Francisco, oficiales, como ya se ha dicho, y el Capitán de Caballería, don Miguel Salas; un cadete hijo de este señor, los alféreces don León Nieto y don Saturnino Barco y varios requetés manchegos, como Fabat, Galetí y Diéguez. Se salvó milagrosamente el oficial don Mariano Cevallos, Teniente, y el Guardia de Corps don José Aymerich.

Todos murieron con gran entereza, oyeron impasibles la lectura de su sentencia de muerte, se confesaron como buenos católicos y cayeron, entre el humo de la pólvora, gritando: «¡Viva la Mancha por el Rey D. Carlos!»

La esposa del heroico hijo de El Toboso murió de pena pocos meses después, y en cuanto al otro vástago que quedaba de tan noble matrimonio, llamado don Juan José, el cual era alférez del Batallón Provincial de Toró, pidió la licencia absoluta en el Ejército liberal y llegó a Brigadier en las filas carlistas, luchando como un león a las órdenes del General Cabrera, hasta que, finalizada la primera guerra, emigró a Francia, cubierto de condecoraciones y de cicatrices gloriosas. Años después moría ignorado en Marsella.

Tal es, contada a grandes rasgos periodísticos, la biografía de una ilustre familia manchega, fundada por el heroico Comandante carlista don Manuel María González, natural de El Toboso, pueblo al que le cabe el honor inmarcescible de haber sido la cuna del primer español que proclamó con su sangre al legítimo Rey de las Españas, Su Majestad D. Carlos María Isidro de Borbón, alzándose quijotesca entre la taifa enemiga y masónica por los derechos indiscutibles de un Trono católico.

José Sanz y Díaz.

Miembro del Instituto Histórico Brasileiro de Honor del Comité Central Argentino y asesor de las Academias Universitarias de la Hispanidad.

El símbolo de Sancho

por Emilio Ruiz Parra.

«...Una venta.
Un villano gordo y sucio
de miserias galeote.
Soñolienta
la andadura de su rucio
No aparece en la llanada Don Quijote...
TERRUÑERO
de la faz noblota y ancha,
descendiente del labriego castellano.
Escudero,
ya no tienes caballero;
ya no temblas con prudencia de villano
las lacuras del hidalgo de la Mancha.»

(Enrique de Mesa.)

A lo lejos, un molino mueve sus enormes aspas. triste, reposado. La venta, con sus paredes blancas, es una atalaya en medio de las ásperas tierras de la Mancha. La llanura, con su rojo capuz, aparece solitaria. Un camino surge a nuestros pies, que, cual larga culebra, desaparece serpenteando en el horizonte. Sancho, melancólico, triste, está aquí, junto a su rucio. Mira hacia allá, hacia el camino, cuyo fin alcanza a divisar su vista de águila. «¡ No aparece en la llanura Don Quijote!» De allí marchó el hidalgo manchego; pero Sancho le espera en vano. ¡Cuatro siglos de espera!



El idealismo, los sueños, todo voló con él; aquí aun les espera el escudero. No vuelven, no; no vuelven... Pero, Sancho, el fiel servidor, ¿es sólo el vulgar, el refranescado escudero del loco hidalgo de la Mancha?

No. Tras Sancho hallamos algo más profundo que está grabado en el fondo de su alma. Cadalso decía en sus «Cartas Ma-

ruecas», después de comentar la trama de la gran obra de Cervantes: «Lo que hay debajo de esta apariencia es... un conjunto de materias profundas e importantes».

En Sancho se ha querido ver la figura del materialismo, y éste ha sido el fondo en que modernamente se ha enmarcado al genial servidor de Don Quijote. Sus refranes han sido, sin duda, la básica piedra de la tesis señalada. Sin embargo, Sancho no es propiamente el prototipo del materialismo, como lo fuese Celestina; Sancho encierra exteriormente su espíritu y su razón con la vulgar filosofía de sus refranes. Hay, pues, cierto materialismo en su figura; pero un materialismo sólo superficial que remata y caracteriza externamente su propio ser, pero que no lo anega ni lo obscurece, porque no le es natural ni único.

Tras sus refranes, que exteriormente representan el realismo y la materialidad, se halla una espiritualidad más grande si cabe que en la propia existencia de Don Quijote. Esa misma espiritualidad es el alma del refrán; ella misma es la nota más real de la figura de Sancho. Por tanto, su materialismo es un materialismo espiritualista, ideal...

Sancho tocó lo da por el ideal, aunque no se haya visto aún esto con la claridad debida; sólo por la ideal promesa de un loco, se ve envuelto en las aventuras de éste. Cuando Sancho habla, no lo hace por obtener esos fines materiales que ambicionase Celestina; habla para convencer de su locura a un loco; habla por conseguir un fin más noble, un fin que bien pudiéramos llamar completamente espiritualista. Un espiritualismo sin alucinación, sin desvarío. Sin desvarío... hasta el último momento; hasta el triste momento de la muerte del permutado Alonso Quijano, cuando en las puertas de ésta, dice: «Es mi voluntad que de ciertos dineros que Sancho Panza, a quien en mi locura hice mi escudero, tiene, quiero que no se le haga cargo de ellos, ni se le pida cuenta alguna. Y si como estando yo loco fué parte para darle el gobierno de la Insula, pudiera agora estando cuerdo darle el de un reino, se lo diera, porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trato lo merece...»

Entonces es cuando flota en el ambiente el espiritualismo y la sublimidad de Sancho, en su respuesta: «Ay—respondió—, no se me muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir...; si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme a mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal a Rocinante, le derribaron».

Hasta tal extremo llega Sancho; hasta cargar sobre sí la melancolía de su señor. Espiritualismo, bondad, sublimidad...

Algunas

EFEMERIDES DEL

1547



MUERE ENRIQUE VIII DE INGLATERRA

CATALINA Parr queda viuda esta noche fría y húmeda del 27 al 28 de enero de 1547. Su tercer marido, el rey Enrique VIII de Inglaterra, agoniza entre estertores dolorosos. No es un viejo todavía: 56 años. Pero la terrible y vergonzosa enfermedad, adquirida en su juventud, y a la que atribuyen los médicos la neurosis que invadió a todos sus hijos, había ganado terreno lentamente y afectó no sólo a su cuerpo, que con los años degeneró en gordura y repugnante corpulencia, sino también a su mente. ¿Qué fué de aquel muchacho fuerte y bien plantado, buen jugador de tennis y jinete arrogante, inteligente y culto, simpático, bonachón, generoso y cordial? Allí, en el lecho del dolor, hedía ya la humanidad grasienta del «Barba Azul» inglés. Con la juventud desaparecieron sus excelentes cualidades. Y Enrique VIII se había transformado en un tirano despótico, lujurioso, glotón, débil, cruel, soberbio, irritable, desconfiado y loco.

Catalina Parr, la viuda dos veces reincidente, no muestra demasiado dolor en esta noche de la muerte del rey. Ella se había casado sin amor. ¿Cómo enamorarse de aquel hombre ventruado y deforme, que ya había tenido cinco esposas e incontables amantes? Pero en palacio era una de las damas que dirigían la educación de los hijos—legítimos y bastardos reconocidos—de Enrique VIII. Y cuando éste le confesó su intención de hacerla reina, Catalina Parr tembló horrorizada. Por su mente cruzó vertiginoso el trágico desfile: la princesita española, Catalina de Aragón, cuyo divorcio consiguió el rey separándose de la Iglesia Católica...

Ana Boleyn, belleza delicada que le enamoró como ninguna.



ENRIQUE VIII

Cuadro de Hans Holbein, en la galería Borghese, de Roma.

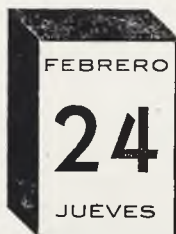
para ser luego ajusticiada en una mañana de primavera del 26... Juana Seymours, la única que murió siendo reina... Ana de Cleves, luterana, feucha y divorciada también, para evitar otro final peor... Y la Howard, otra Catalina, hermosura espléndida acusada de infidelidad como la Bolena, y cuya cabeza había caído, trinchada por la mano del verdugo en el mismo patio de la Torre fatídica.

¡No! Catalina Parr no quería ser la sexta víctima, vergonzante o cruenta. Y olvidando por un momento la rectitud de toda su vida, había respondido al Tudor: «¡Quisiera ser mejor vuestra amante que vuestra esposa!»

Accedió al fin. Pero los enemigos de la nueva reina la envuelven en acusaciones, ahora de índole religiosa: no creía en los dictados del jefe supremo del anglicanismo. ¿Firmaría Enrique una nueva sentencia de muerte? Firma primero, en efecto, y después se arrepiente. Su cabeza desvaría en una locura voluble, con breves destellos de lucidez. En la prolongada enfermedad del rey, que ya es terrible agonía, Catalina Parr encuentra su salvación.

Porque al amanecer de este 28 de enero, Enrique VIII deja de existir. Un buen rey, desde el punto de vista inglés, sin su política religiosa, sin sus crueldades y sin aquella insana pasión por las mujeres, de las que, como dice Wyndham Lewis, tenía que ser forzosamente víctima.

Un mal rey, por consecuencia.



NACE DON IUAN DE AUSTRIA

E N el extremo occidental de la llanura de Dunga y en el punto más septentrional alcanzado por el curso del Danubio, al cual afluyen precisamente aquí y por su margen izquierda dos riachuelos insignificantes: el Naab y el Regen, se asienta Ratisbona (Regensburg), ciudad que surgió a la derecha del río como puente hacia Bohemia y el Alto Palatinado. Las torres de sus magníficas iglesias y los agudos pináculos de su catedral gótica se reflejan en las azules aguas danubianas.

...Y en una casa acomodada de esta tranquila ciudad del Imperio, la belleza blanca y rubia de Bárbara Blombergh, la alemana de humilde condición y voz musical, se marchita con palideces prematurnales. Al fin, en este día de febrero de 1547, Bárbara ha salido felizmente de su cuidado. Es un niño rubio y bonito. Y tiene los ojos azules, muy azules: ¡como su padre!

La casta viudedad del César Carlos V, tuvo este único y venturoso paréntesis. Su fiel mayordomo, Luis de Quijada, se hace cargo de la criatura para guardar discretamente, hasta el momento oportuno, aquel secreto de su amo y señor, Emperador y Rey.

Al niño se le bautiza con el nombre de Jerónimo. Sin apellidos. ¿Para qué? Ya llegaría, con el tiempo, la ocasión de ostentar el más egregio de todos: el de Austria, que lleva su progenitor y domine del mundo.

El buen Quijada, contemplando la cabecita blanca del infantín, piensa

en el futuro de este chiquillo, que será llamado por la Providencia a grandes destinos. Por lo pronto, aunque nacido en Alemania, será educado en España. Doña Magdalena de Ulloa, la esposa estéril del mayordomo fiel, vibra de ansias maternas. Y en su castillo de Villagarcía, cabe el Pisuerga, el pequeño Jeromín será educado e instruido como hidalgo. ¡Qué nadie sospeche su alcurnia real! Aunque doña Magdalena piense en ocasiones que aquel infante guapo es el fruto de alguna aventura galante de su marido.



D. JUAN DE AUSTRIA
(Sánchez Coello.—Museo del Prado.)

Pasarán los años, no muchos: Y este Jerónimo de Ratisbona será el Jeromín de Yuste, para transformarse, de adolescente, en Don Juan de Austria ante el rey Felipe II, su hermano. Y luego... Luego, estudiante en Alcalá, estratega en las Alpujarras, Almirante en Lepanto, General en Gemblours, político en Flandes.

Hasta que una fiebre traidora, en la mañana del primero de octubre de 1578, corte aquella carrera de triunfos sobre infieles: el morisco, el turco, el luterano.

¡Poco más de treinta años, Señor!
Una vida breve.
¡Y fecunda!

MUERE FRANCISCO I DE FRANCIA

MARZO

31

JUEVES

UNA vida de goces y galanteos, con las enfermedades que acarrear tales placeres, tiene su final en este 31 de marzo de 1547. ¡Ha muerto el rey Francisco de Valois! ¡Luto en Francia! El suntuoso palacio de Rambouillet se agita en un ir y venir constante de capellanes, palaciegos, mayordomos y servidores, para preparar las honras fúnebres de *le roi galant hemme*.

Con la muerte, llega también la hora de los elogios. Los cortesanos recuerdan su elegancia y preferencia por los vestidos lujosos, con adornos de oro, plata y piedras preciosas; la esplendidez de las fiestas en los castillos señoriales de Fontainebleau y Chambord, que el Monarca mandara edifi-



FRANCISCO I DE FRANCIA
Cuadro de Clouet, Paris,
M. del Louvre.

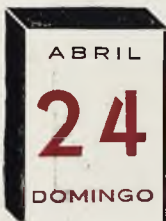
car; la fastuosidad de sus entrevistas con el Papa, el Emperador, Reyes y Príncipes, aliados o rivales. Los clérigos de palacio se hacen lenguas de la piedad del «Rey Cristianísimo», enemigo de la reforma luterana que se expande por los Estados vecinos: ¡todavía quedan cenizas de las catorce hogueras de Meaux, en las que fueron quemados otros tantos herejes! Los guerreros alaban el ímpetu y la sed de aventuras de su rey muerto, jinete consumado y tirador excelente otrora; ¡Y aquel alarde estratégico de Marignano—¡dos días de batalla!— por cuya victoria fué Francisco armado caballero por el sin igual Bayardo? Los humanistas, arquitectos, escultores y pintores, derraman lágrimas de sincero dolor. ¡Ha muerto *le roi artiste!* El fundó el «*Collège de France*». Rabelais sabe lo que pierde con la pérdida del rey. En sus brazos había muerto veinte años antes el gran Leonardo, a quien Francisco I llevara a su Corte, pagando una suma fabulosa por el retrato de Monna Lisa que ahora—escribe Vasari, precisamente en este año 1547—está en el castillo de Fontainebleau. ¡Si hasta quiso comprarle el Cenáculo de Milán, idea que hubo de abandonar por impracticable, pues habrían tenido que trasladar todo el muro! ¡Con qué generoso mecenazgo protegió a todos: a Rafael, al Tiziano, a Andrea del Sarto, a Benvenuto, a los dos Clouet...! Hasta al mismo pueblo francés, la noticia del óbito de su Rey le conmueve con justo dolor. ¡Era tan simpático, tan noble, tan generoso...! «¡Tan guapo, tan esbelto, tan moreno, tan sonriente!», exclaman las mujeres.

¡Ay! Pero la Historia, matrona severa e imparcial, dirá luego algo más—y no tan favorable—, cuando los fúnebres hachones se apaguen, y las cenizas reposen en la tumba eterna, y el juicio de los hombres, serenado por la perspectiva del tiempo, se sobreponga a estas horas de dolor.

Dirá la Historia a los cortesanos que las esplendideces de su rey llevaron a Francia a la ruina; y a los clérigos palaciegos, que el «Cristianísimo» Francisco I coqueteó con la Reforma y se alió con el turco, por despecho y por odio a su rival el Emperador; y a los caballeros militares, que faltó a su palabra después de Pavía y Madrid y no recogió el reto que antes atrevidamente lanzara; y a los artistas...

No: la verdad histórica proclama que el aspecto más digno de elogio de Francisco I de Francia, cuyo cuarto centenario conmemoramos en estos días, es su desmedida protección a los hombres de arte y de letras, como típico representante del Renacimiento.

BATALLA DE MÜHLBERG



M

OCCENIGO, el Embajador veneciano, nos refiere la siguiente escena:

Cabalga el César por los campos de Mühlberg. Sobre la férrea armadura ciñe la insignia borgoñona, tal como lo retrata el Tiziano en su cuadro de pinacoteca del Prado. De pronto, sus ojos se asombran enfurecidos ante el hallazgo: un Crucifijo,

con los brazos rotos por los luteranos iconoclastas, yace en el suelo. Desmonta de su caballo negro, recoge piadoso los restos de la mutilada imagen y, santiguándose, exclama:

—«¡Oh, Cristo, concédeme el poder vengar la injuria que te han hecho!»

El celo del perseguidor de herejes espoleaba a Carlos en esta guerra.

* * *

—Y otra anécdota:

Los protestantes, acaudillados por el elector Juan Federico de Sajonia y el landgrave Felipe de Hesse, aumentan su rebeldía activa e insultan constantemente a su soberano, titulóndole con desprecio «Carlos de Gante, el así llamado Emperador».

Los insultos llegan a los oídos del César. Y promete, tajante:

—«Estoy resuelto a permanecer como Emperador en Alemania, vivo o muerto.»

El digno sentimiento de la Majestad ofendida es el otro acicate que impulsa a Carlos V a luchar contra los rebeldes.

* * *

¡Y en qué condiciones! El Emperador, que acaba de cumplir los cuarenta y siete años—nació con el siglo—, tiene el aspecto de un anciano. Aquéjanle, desde hace tiempo, la gota y una enfermedad de la vejiga y le ha quedado, además, una parálisis de las piernas, a consecuencia de un accidente de caza. Cuando le trasladan en litera por el país, pueden imaginar los protestantes que el cortejo es como un entierro. Pero su celo religioso y su majestad insultada le harán montar a caballo, sobreponiéndose a los dolores, en esta madrugada neblinosa del 24 de abril de 1547.

Son solamente 16.000 hombres contra 50.000 de los luteranos. Pero Carlos cuenta con buenos generales: el Duque de Alba y Mauricio de Sajonia, a quien ha prometido los Estados de su pariente y rival el Elector. ¿Nada más? Cuenta, sobre todo, con el coraje de estos soldados españoles que, aprovechando la niebla, atraviesan a nado el río Elba, llevando sus armas entre los dientes, para apoderarse del puente de barcas, sorprendiendo a los centinelas. Y mientras la caballería vadea la corriente, el grueso de los tercios invencibles llega también a la margen opuesta. La derrota de los herejes es estrepitosa. Juan Federico vacila en movimientos inseguros, entre la retirada a Wurtemberg y Magdeburgo, o concentrar sus fuerzas dispersas hacia Bohemia. Al fin, cae herido y prisionero. En las tropas imperiales sólo hubo cincuenta bajas.

«La batalla de Mühlberg—sentenciará Paul Joachimsen— es la catástrofe del protestantismo político.»



CARLOS V EN MUHLBERG
(Tiziano.—Museo del Prado.)

Y otro historiador contemporáneo dirá «que el Emperador recibió a su prisionero con menos cortesía que la habitual en él».

¡Cortesía en aquellos momentos! ¿Qué otra cosa pudo hacer quien había permanecido en la batalla de Mühlberg veintiuna horas a caballo, padeciendo terribles dolores?

Y sin embargo, poco después conmutaba a Juan Federico de Sajonia—¡casi treinta años de rebeldía!—su sentencia de muerte.

CERVANTES ES BAUTIZADO EN ALCALÁ



OCTUBRE

9

DOMINGO

En domingo, nueve días del mes de octubre, año del Señor de 1547, fué bautizado Miguel, hijo de Rodrigo de Carvantes y de su mujer doña Leonor; fué su compadre Juan Pedro; bautizóle el Rvdo. Sr. Bachiller Serrano, cura de Nuestra Señora; testigo Baltasar Vázquez, sacristán e yo que le bauticé e firmé de mi nombre. El Bachiller Serrano.»

Así reza la partida de bautismo existente en la Parroquia de Santa María la Mayor, de Alcalá de Henares. No se conoce la fecha exacta del nacimiento. En consecuencia, varias ciudades disputan a Alcalá el honor de haber sido la patria de Cervantes: Madrid, Toledo, Esquivias, Consuegra, Córdoba, Sevilla, Lucena y nuestra vecina Alcázar de San Juan, sin duda la rival más peligrosa, con otra partida de bautismo datada en 9 de noviembre de 1558.



CERVANTES

Retrato de Jáuregui.

Los eruditos ya sentenciaron el pleito a favor de Alcalá. Y por ello se celebran en este año las fiestas conmemorativas del cuarto centenario.

Pero en Alcázar y en otros muchos lugares de nuestra región, aun se aferran a la tradición del Cervantes alcazareño.

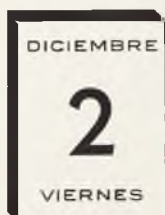
Yo, manchego también, pienso en la inutilidad de tales esfuerzos. Y, libre de pasión, diría a cuantos obstinadamente defienden la tesis de ser Alcázar la patria del Príncipe de los Ingenios:

«¿No es universalmente famosa la Mancha por servir de escenario a la aventuras quijotesca? ¿No hizo Cervantes manchegos a Don Quijote, a Dulcinea, a Sancho? ¿No son paisanos nuestros casi todos los personajes del libro inmortal? ¿Cabe gloria y fama mayor para nosotros? ¿Habríamos preferido a Cervantes naciendo *de verdad* en Alcázar y que hubiese titulado su obra «Don Quijote de la Rioja», por ejemplo? ¿No es

canséis desempolvando legajos, registrando archivos, promoviendo polémicas, publicando folletos! ¿Para qué? El hecho simple de nacer en tal o cual sitio es puro episodio. Lo importante es la vida. Y la vida plena de Cervantes, reflejada en su obra cumbre, está íntimamente enlazada a nosotros, manchegos, y a vosotros, alcazareños, que ostentáis en justicia la capitalidad geográfica de la región...»

Todo eso habría dicho. Y como final, les repetiría las mismas sensatas palabras que Cervantes hace pronunciar a su protagonista: «... *que hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas, que después de sabidas y averiguadas, no importan un ardite al entendimiento ni a la memoria.*»

MUERE HERNAN CORTES



A QUI, en la villa insignificante que es Castilleja de la Cuesta, próxima a la gran Sevilla que en estos tiempos vibra con bullicio de flotas y armadas para las Indias, ha venido a pasar sus últimos años, en un casi destierro voluntario, el hombre más destacado entre los centenares que figuran en la gran epopeya hispana. Hernán Cortés arrastra su vejez prematura, humanidad gastada al servicio del Imperio, por estas callejas blancas y estrechas de la aldea. Sabe que su final está próximo. No en balde su naturaleza robusta sufrió el dolor de las heridas en Otumba, padeció el rigor tropical y el frío de nieves en selvas y montañas de aztecas y se abatió paulatinamente en una vida intensa de combates y luchas.

Pero hay algo que le va venciendo con más fuerza: es este olvido en que permanece quien, como él, conquistara un imperio cuatro veces mayor que España. El César Carlos V anda por tierras europeas, demasiado preocupado en múltiples y trabajosos problemas para fijar la atención en este hidalgo, ya Marqués, que no es más que uno entre cuantos brillaron en el Imperio. Hernán Cortés siente esta soledad amarga y a sus ojos de anciano asoman lágrimas furtivas. Lágrimas de pena y desesperanza, como aquellas otras que derramó, siendo joven aún, al pie del árbol de la Noche Triste. Que los hombres, muy hombres también lloran.

En panorámica visión desfilan los recuerdos: él conquistó una Nueva España. Pero allá, sobre la tierra virgen, hizo también lo que nadie supo:



HERNAN CORTES

Retrato existente en la Biblioteca Nacional.

colonizar. Ciudades nuevas fueron fundadas: Villa Rica de la Veracruz, Segura de la Frontera, Medellín, en recuerdo de su pueblo natal... El aclimató cultivos, como la caña de azúcar y la morera, introdujo el carnero merino y creó molinos e industrias... El se preocupó del bienestar de los indios, estimulando su conversión a la religión de Cristo y la fundación de centros de enseñanza. El edificó palacios, como el de Cuernavaca, y templos. Y, por último, ¿cómo no recordarlo, si son pedazos de su alma?, también contribuyó—prolífico como patriarca hebreo— a crear ese naciente mestizaje... ¡Si hasta ya pasada la cincuentena se presentó voluntario y combatió en Argel!

Pero la gloria terrena es siempre efímera. Hernán Cortés acabará sus días en este 2 de diciembre de 1547.

En su figura señera, al celebrar el cuarto centenario, los españoles debemos simbolizar la página de oro de nuestra Historia. Y esa página, escrita con sangre de héroes, es nada menos que **DESCUBRIR. CONQUISTAR, EVANGELIZAR Y COLONIZAR UN MUNDO.**

Francisco Pérez Fernández.

Lamentación

DE LA INFANCIA PERDIDA

Y aquel callejón, Señor,
seguirá en el mismo sitio...
Y por la misma ventana
estará asomado un niño
para mirar unos ojos
claros con sus ojos limpios.
El sol seguirá dorando
con su luz el mismo quicio
donde su nombre y mi nombre
estaban con sangre escritos.
Besará la misma luna,
las mismas piedras y el mismo
olor a jazmín temprano,
como cuando éramos niños
y soñábamos que el mundo
era sólo suyo y mío.
Y ahora, Señor, ya todo

aquel caliente espejismo
está con la infancia muerto
y con la infancia perdido.

De su convento saldrá
—marfil cubierto de lirios—,
muda y solemne, ¡tan blanca!,
a su eterno paraíso.
Yo escaparé por la muerte
de este barro terco y frío,
y aquel callejón, Señor,
aquél mismo,
que presenció nuestro amor
de niña buena y de niño
bueno, seguirá, Señor,
eternamente en su sitio.

Juan Pérez - Creus.



de la Mancha

Con una blusa manchega,
una boina solideo,
cuatro sartenes al hombro
y unos alpargates negros,
va por la calle tocando
la estampa del calderero.

Lleva un tambor de metal
y le baila entre los dedos,
en un sortilegio mágico,
como un faunillo de hierro
que respinga dislocado
sobre el asa del caldero.

Es un martillo fetiche,
es un talismán chinesco,
es un gris-gris de conjuro,
es un gitano amuleto.

De la enhollinada panza
al metálico trapecio,
arranca la musiquilla
de organillo callejero.

El camina indiferente,
él camina sólo atento
a su extraña melodía
sabida por todo el pueblo,
y que los chicos repiten

con sonsonete burlesco.

Pero ello no le importa,
bien sabe que su instrumento,
no lo tañerá cualquiera
aunque tenga buen maestro.

Por eso corre las calles
con olímpico desdeño,
como un capitán de Flandes,
o como un tamborilero
de la guerra de Melilla
o de los famosos Tercios.

Absorto en su clavicordio
de monorrítmico acento,
que va retratando al sol
en el bruñir de su centro.

Es en su pregón constante,
es en su pregón de hierro,
la romanza sin palabras
de los lugares manchegos.

En una tras otra esquina
se le va quedando el eco,
que los pájaros aprenden,
que alborota a los polluelos,
cuando no corta la siesta
a los dormilones viejos.

Corre un gato rabo en arco,
ladra un melindroso perro,
un burro tenor de orquesta,
lanza un rebuzno de trueno...

Y el calderero marchando,
marchando con paso cierto,
se pierde en los callejones
de las afueras del pueblo,

se pierde con el cantar
del martillo entre los dedos.

11

Pan, pan, tirirín tin tin:
pan, pan, tirirín de nuevo,
y vuelta al *tirin tin tin*,
pararán pan, pan, y luego
entra en la calle Mayor
rodeado de chicuelos,
con majestad de Almirante
y empaque de mosquetero.

¡Vive Dios!, que se me antoja
heraldo del medioevo,
aunque le falte el birrete
y la pluma en el sombrero.

¡Calderero! Toca, toca.
gritan los chicos en cerco.

Y se marca un *punteao*
se borda un repiqueteo,
con rito de guitarrista
y con aire de coplero.

Se va llevando el compás
con la punta del pie izquierdo.

Y se exalta y se sublima
en sutiles bordoneos,
que caen rotos en cadencias
de flores y de arabescos.

Las comadres pueblerinas
se contagian del revuelo.
y la Antonia y la Gregoria,
la Asunción y la Remedios,
la Pepa y la Policarpa,
la Gervasia y la Consuelo,
van presentando cacharros
muchas veces ya compuestos...

Boquirrotos y sin asas,
desconchados, agujeros,

grietas, rachas y piteras,
bolladuras. desperfectos,...

Viejas sartenes sin fondos,
cazos mancos y pucheros,
tapaderas y bacías
y otros mil mellados tiestos:
aceiteras, cucharones,
azafates y floreros.

Por un rabo. una cincuenta;
tres pesetas un asiento.

Diez patacos de los grandes
por poner tres clavos nuevos
a la sartén de las gachas
que lleva al campo el carrero.

—¿Esa olla?. tres noventa,
y sepa hermana. que pierdo

—¿El roto aquél? Poca cosa.

Un durito de los buenos
y lo dejo más *cerrao*
que el arca de un usurero.

Por ese parche dos reales.
Por ser caro no haya miedo,
poco menos que de balde.
os salen estos remiendos;
os entretengo a los chicos,
y encima doy un concierto.

¡Qué bien suena mi tambor
y mi martillo de hierro!

Soy calderero de oficio
y alegre mis pensamientos,
con la música que salta
de mis mohosos calderos.

Además soy de la Mancha,
¿Por qué me ufano de serlo?
Porque nacer en la Mancha,
no es nacer en cualquier suelo.

Calderero de la Mancha
no es un cualquier calderero.

P. Bernardo Martínez Grande

Paisaje forestal.

Luis González López.

(la repoblación en la provincia de Jaén.)

No serán necesarias muchas palabras para presentar al lector al autor de esta memoria, galardonada por la Cámara Oficial Agrícola de la provincia de Jaén. Bástenos subrayar que Luis González es un escritor y periodista, dueño del más puro y clásico estilo literario.

Su prosa encierra la esencia de un castellano íntegro, prodigiosamente cincelado, y rezuma, por su incomparable dición, el sabor exquisito con que su autor sabe trasladar siempre a la cuartilla la idea acertada, cuando no la estadística escrupulosa o la jugosa anécdota. Esto es, en síntesis, lo que descubrimos a través de todo su PAISAJE FORESTAL, libro que consigue por su amenidad y pulcritud, atraer poderosamente, al lector hacia la tierra jiennense, impregnarle de su ambiente, interesarle vivamente por las cuestiones que en él se abordan, terminando por cautivarle y ganar su afecto para esta maravillosa tierra andaluza.

Luis González López se hace, una vez más, acreedor al homenaje devoto y sincero de quienes conocemos su larga y laboriosa servidumbre de las letras paternas. Cronista Oficial de la provincia de Jaén, es el fundador y director de la simpática crónica mensual «Paisaje», magnífico y ejemplar exponente de la mejor prensa regional.

Es autor, además, de numerosos libros de crítica, obras de teatro, novelas, ensayos literarios y de un estudio acerca de «Las mujeres de Don Juan Valera» que obtuvo el «Premio Juan Valera 1933», otorgado por la Real Academia Española.

La lectura de sus obras —como ya dijo Antonio Zozaya— afinaría mucho el gusto de no pocos literatos de fama, que tienen del Sr. González López mucho y muy bueno que aprender. R.



Juan de Juanes.

Angel Dotor.

(una familia de pintores.)

Don Angel Dotor, notable publicista de arte, nos da en este libro de ochenta y cuatro páginas, una biografía histórico-crítica del famoso pintor valenciano, Juan de Juanes. Sin que sea este libro, ni con mucho, la última palabra sobre el esclarecido y feliz autor del Santo

Tomás de Villanueva, la escrupulosa crítica con que está estudiado el personaje y su arte, aportan al estudioso datos históricos tan apodicticos como interesantes. A grandes rasgos, traza una monografía del padre del pintor, también grande artista, centralizando de la página veintinueve en adelante, su atención exclusiva en el creador de las maravillosas tablas. Campea, como nota destacada y específica de este libro de Dotor, el dato curioso, la cita oportuna, la aportación voluntariosa, entre pinceladas de laboriosa y profunda erudición historicista.

Pretend: el señor Dotor mostrar la vida y obras de Juan de Juanes, imprimiéndole una orientación popularizadora de divulgación clara y asequible; consiguiéndolo en un estilo fácil, culto y de excepcional competencia. La crítica de las obras del inmortal valenciano está hecha por Angel Dotor con la más singular cultura y noticia de la iconografía y la historia del arte pictórico. Cada cuadro en particular, viene acotado por un comentario juicioso, atinado y real. Sus observaciones sobre lienzos y tablas, así como la especificación de valores y lugares, donde por vicisitudes y circunstancias se encuentran o fueron a parar las impercederas obras, son un acervo de curiosas relaciones que nos infunden una visión diáfana, una valoración descriptiva y minuciosa del historicismo artístico que rodea a los inmortales cuadros.

Angel Dotor, investigador sin reposo y reputado académico, en *Juan de Juanes*, como en toda su labor de una veintena de obras críticas, presenta una prueba más de su ya reconocida solvencia en lo que al descubrimiento de nuestra joyas de arte y tesoro de las pinacotecas nacionales se refiere. Enriquecerán, pues, su cultura, todos aquellos que logren leer el *Juan de Juanes* de Angel Dotor, consagrado historiógrafo y original ensayista. P. B. Martínez.



Ejemplar



GRATUITO

Imprenta

ALCALA DE HENARÉS

“ T. P. A. ”